

propusieron dos senados-consultos; el uno relativo al alistamiento de ochenta mil hombres de la clase de 1806, y el otro sobre la nueva organizacion de las guardias nacionales. En los momentos de peligro, los gobiernos avisados por la necesidad é ilustrados por el sentimiento de su propia salvacion, siempre recurren, de veinte años á esta parte, á esta hermosa institucion que hace la fuerza de los imperios y que los extrangeros han imitado en sus últimas conjuraciones contra la Francia victoriosa. El senado decretó las dos proposiciones y dió al Emperador el nombramiento de los oficiales de la guardia nacional. Su organizacion definitiva dió motivo á dos decretos que llamaron á las armas á todos los Franceses, desde la edad de veinte y un años hasta sesenta. Los batallones se llamaron cohortes. Esta inmensa conscripcion se estendia sobre todos los departamentos fronterizos, desde el estrecho de Calais hasta el lago de Ginebra, y formaba cuatro distritos mandados por cuatro senadores, que fueron los generales Rampon y d'Aboville, y los mariscales Lefebvre y Kellermann; estos dos mariscales tuvieron ademas el mando de dos cuerpos de ejército de reserva, el uno en

Maguncia y el otro en Strasbourg. El mariscal Brune, con otro cuerpo, guardaba Boloña. Tres cuerpos volantes de granaderos debian establecerse en Rennes, en el Vendée y en el campo de honor de Marengo. Un entusiasmo extraordinario exaltaba el espíritu del ejército, y las guardias nacionales se mostraron dignas de entrar entre las filas de nuestros valientes.

Napoleón salió de Paris el 24 de septiembre; llegó á Strasbourg el 27. El 29 recibió los informes los mas satisfactorios de todos los cuerpos de ejército. El príncipe Murat y el mariscal Lannes habian pasado ya el Rhin y ejecutado el movimiento por el cual el Emperador quiso hacer creer á Mack que queriamos penetrar en la Suabia, por los desfiladeros de la Selva Negra, y acercarnos al alto Danubio para obrar sobre la orilla derecha. Al mismo tiempo y por otro lado, los mariscales Ney, Soult y Davoust, habiendo igualmente pasado el Rhin, se habian dirigido el primero sobre Stuttgart, el segundo sobre Heilborn y el tercero sobre las alturas de Ingelfingen y despues sobre Oettingen, mas allá del Necker. Los demas cuerpos siguieron los movimientos indicados.

amistad, alegando la imposibilidad física de obrar de otro modo. A pesar de tantas precauciones, y aunque M. Laforest en Berlin y M. Otto en Wurtzbourg diesen explicaciones, la Rusia se quejó altamente y dió el paso á las tropas rusas en la Silesia.

Entretanto, el rey de Suecia ponía á disposición de los Ingleses doce mil hombres que debían unirse en la Pomerania con veinte y cuatro mil Rusos mandados por el general Tolstoy y con una legion hanoveriana formada en Londres. La expedición tenía por objeto volver á tomar el Electorado. Pero Napoleon se mantuvo impertérrito en medio de tantos obstáculos y la Prusia no se atrevió á romper las hostilidades, sea por miedo, por interés ó por prudencia; si fue por esta última razón, no supo perseverar y le costó muy caro haber mudado de conducta.

Mack, engañado primero por las demostraciones de Napoleon en las gargantas de la Selva Negra, y luego por la marcha rápida de los tres cuerpos de ejército de la guardia imperial hácia Stuttgard, ignoraba también el movimiento circular de nuestra ala izquierda compuesta de los demás cuerpos mandados por

Ney y Davoust. Supo por fin que el grueso del ejército francés se dirigía sobre el Danubio; inmediatamente concentró sus fuerzas alrededor de la ciudad de Ulm, como antes lo había hecho el viejo mariscal Kray. Pero las posiciones respectivas, y sobre todo el general habían mudado. El genio de Napoleon abrasaba de un golpe de vista todo el terreno, dirigía á los generales con autoridad é inflamaba á los soldados émulos en ardor y fidelidad para ejecutar sus planes con la precisión más extraordinaria. Así es que cien mil hombres se hallaron el mismo día sobre la orilla izquierda del Danubio y le pasaron en el mismo instante en Donawerth, Neubourg é Ingolstad, el 7 de octubre. Esta maniobra cortó la línea de operaciones de los Austriacos, quitándoles todos los medios de retirada por la Baviera y los encerraba en la parte de la Suabia que está entre las montañas del Tirol y el Danubio. Mientras se ejecutaba esta gran combinación estratégica, el resto del ejército reunido en Stuttgard iba á coger por las espaldas á la línea del Lech y á establecerse detrás del enemigo. El Emperador sentó su cuartel general en Donawerth y mandó á Murat volviere á pasar

el Lech para cortar las comunicaciones entre Ulm y Augusta.

El general austriaco supo á la vez el paso del Danubio, la ocupacion de una parte de la Baviera y la presencia de un ejército frances que cerraba el círculo formado por Napoleon; se quedó sorprendido; juntó sus tropas sobre el Iller, esperando por esta maniobra echarnos mas allá del Danubio, y defenderse hasta la llegada del primer ejército ruso. Con este fin, intentó apoderarse del puente de Donawerth, con un cuerpo de doce batallones de granaderos sostenidos por cuatro escuadrones de coraceros. Murat, que estaba andando con siete mil hombres de caballería hácia Zumershausen, topó en Vertingen, á cuatro leguas de Donawerth, con este cuerpo escogido; maniobró al instante para rodearle y cortarle la retirada. Se empeñó un combate reñidísimo entre los Franceses y los enemigos; pero el mariscal Lannes habiendo acudido desde Donawerth á su socorro, Murat destrozó enteramente á la division austriaca. Nuestros soldados estaban impacientes de ensayar las armas imperiales, y exaltados ya por los primeros triunfos de la campaña, quedaron per-

suadidos que la victoria habia subido al trono al mismo tiempo que Napoleon; el Emperador recompensó noblemente á sus valientes sobre el campo de batalla. Por una parte teniamos comprometido al ejército grande austriaco encerrado en Ulm, y por la otra, adelantábamnos en Baviera. Despues del combate de Vertingen vino el de Gunzbourg; en vano los Austriacos resistieron con encarnizamiento; en vano acudió el príncipe Fernando para animar con su presencia á sus soldados. El mariscal Ney se apoderó del puente y de la ciudad, despues de haber cogido á mil y doscientos prisioneros, con seis cañones y muerto á dos mil enemigos. En seguida, el general Dupont destacado por el mariscal, con órden de atacar á cuantas tropas encontrase, se adelantó hácia Ulm. En llegando á la aldea de Harslach se halló en presencia de veinte y cinco mil hombres, teniendo apenas seis mil. Dupont estaba perdido si hubiese vuelto atras; no titubeó en atacar á bayoneta calada á los enemigos que venian á envolverle y arrolló su primera línea. Este suceso dió ánimo á sus tropas, compuestas en parte de conscriptos, que rechazaron con el mismo vigor los ataques sucesivos de los

Austriacos. Dupont quedó dueño del campo de batalla y se retiró con cuatro mil prisioneros, quedándole apenas otros tantos soldados despues de un combate tan recio.

Napoleon no dió descanso á sus enemigos; estaba resuelto á rechazarlos sobre Ulm y á envolver su ala derecha para cortarles toda comunicacion con el Tirol. El mismo dia de la toma de Gunzbourg, vino á Augusta desde donde envió á Soult sobre Memingen. El mariscal tuvo un encuentro brillante con un cuerpo enemigo y cercó á esta ciudad defendida por el general Spanyer que capituló con nueve batallones. Soult siguió sus sucesos, volvió á pasar el Iller y se situó delante de Ulm. Por la parte del Oeste, el mariscal Lannes acabó de bloquear la plaza, dándose la mano con Marmont que acababa de llegar de Augusta con el segundo cuerpo, con la guardia imperial mandada por Bessieres y con la division de gruesa caballería del general d'Hautpoult; todos tomaron posicion delante de la plaza amenazada. Los anales militares conservarán eternamente la memoria de la allocucion que Napoleon dirigió, sobre el puente del Lech, á los Franceses y á los Holandeses que

formaban el cuerpo de Marmont. Estaba cayendo mucha nieve y el frio era muy recio; les explicó del modo mas positivo y claro la situacion desesperada del enemigo, resultado de sus combinaciones y de la constancia del ejército en soportar las mayores fatigas, les prometió la batalla y un triunfo seguro. Nunca arenga, pronunciada en circunstancias tan poco favorables á la elocuencia, produjo tanto efecto sobre las tropas, y jamás las aclamaciones de los soldados de César dieron á su general presagio mas seguro de la victoria.

Mack podia reunir aun sobre sesenta mil hombres, pero no acometer á los Franceses en la posicion formidable que ocupaban; buscó pues los medios de salvar parte de su ejército antes que la plaza estuviese cercada del todo. Hubo deliberaciones al efecto. El archiduque resolvió intentar la retirada sobre Nordlingen, atravesando la Franconia, con el fin de llegar á Bohemia con un cuerpo numeroso; para ejecutar este movimiento era menester ganar á viva fuerza la posicion de Dupont. Los dos contrarios se hallaron en presencia y pelearon con furor. El principe se estableció delante de Alberk. El 13 de octubre por la tarde, el

ejército se halló cerca de Ulm y haciendo frente al enemigo por todas partes, el Emperador señaló la mañana siguiente para el ataque general. El 14 fue él mismo á reconocer los puestos. Por un lado, nuestros tiradores rechazaron todas las avanzadas austriacas, y por el otro, el mariscal Ney atacó las posiciones de Elchingen; á pesar de la viva resistencia de los Austriacos, ganamos el puente á paso de carga. Luego los diez y seis mil hombres de Laudon echaron á correr, y, hallándose perseguidos hasta el pie de los atrincheramientos, perdieron tres mil prisioneros y muchos cañones. Dos regimientos perecieron casi enteramente y dos batallones acometidos por el 3º de húsares depositaron las armas. Durante esta brillante y terrible acción, el Archiduque se estaba preparando á efectuar su retirada con dos divisiones mandadas por los generales Werneck y Hohenzollern, y una reserva de caballería bajo su mando que debía reunirse en Nordlingen.

Napoleon, muy ageno de sospechar la posibilidad de este movimiento, mandó á Dupont rechazar dentro de Ulm á todas cuantas tropas encontrase. Con todo, los informes de Du-

pont le daban cuidado. Envió al general Mouton, uno de sus edecanes, á ver lo que pasaba. Mouton llegó al momento en que el combate iba á empezar y procuró detener á Dupont. Este, á pesar de la diferencia de fuerzas, se empeñó en ejecutar las órdenes positivas que había recibido. Despues de una hora de una lucha desigual, Napoleon sabedor del verdadero estado de las cosas, destacó dos divisiones de infantería y la caballería de Murat al socorro de Dupont con lo que el enemigo tuvo que retirarse; el Archiduque se aprovechó de la noche para huir con cuatro escuadrones. Entonces todas las operaciones se ejecutaron simultáneamente; el mariscal Lannes atacó la cabeza del puente de Ulm con tanto ímpetu, que la caballería austriaca á duras penas pudo refugiarse dentro de la plaza. El mismo dia, el general Marmont completó el bloqueo sobre la orilla derecha.

Napoleon, desde su cuartel general de Elchingen, todo lo dirigia. Durante la noche del 14 al 15 de octubre, mandó al general Lannes atravesar el Danubio sobre el puente de aquel pueblo, para reunirse al mariscal Ney, con el fin de atacar por la izquierda las alturas atrin-

cheradas que cubrian á Ulm por este lado. El movimiento empezó á las dos de la mañana. El Emperador en medio de sus soldados, dirigió las maniobras, al amanecer estaba con su guardia en la aldea de Hasslach. Mandó al general Bertrand apoderarse del Michelsberg, al paso que Ney rechazaba dentro de los barrios las tropas que se apoyaban sobre aquella posición. Napoleon se adelantó hácia este punto con su escolta y se empeñó en quedarse expuesto á una batería de cinco cañones, que se descubrió repentinamente y que disparaban á medio tiro. Lannes agarró el freno del caballo del Emperador para obligarle á que se retirase. Napoleon queria detener á Ney expuesto á un fuego terrible, y obligarle á que aguardase la llegada del mariscal Lannes situado en la altura sobre su flanco izquierdo. El intrepido Ney no quiso partir la gloria con nadie, habiendo por otra parte previsto el ataque de los enemigos. Bajo las órdenes de Suchet, el general Claparede y el coronel Vedel hicieron prodigios, y si su movimiento hubiese sido sostenido con mayores fuerzas, la ciudad se tomaba por asalto, pero una doble salida del enemigo detuvo á esos valientes

que perdieron muchos oficiales y soldados.

Napoleon llegó sobre la falda del Michelsberg desde donde pudo ver á sus pies la ciudad de Ulm dominada por todas partes por nuestras posiciones, y el ejército austriaco encerrado dentro de los muros de esta plaza, y no pudiendo desde aquel instante salir de ella sin el permiso del vencedor. Se habia logrado el plan; mandó retirar las tropas que se habian adelantado demasiado, y restableció el orden en todas las comunicaciones, y aguardó con paciencia y vigilancia sin condescender con los votos del ejército que pedia el asalto. Su fin era ahorrar sangre, y prefirió valerse de su ascendiente para determinar á los Austriacos á que se rindiesen, antes que tomar la cruel resolucion de destruir á la vez, á una ciudad y á un valiente ejército engañado por la fortuna ó por la imprudencia y la incapacidad. Se hallaba en la misma situacion en que estuvo en Jaffa; intentó convencer primero al general Mack y luego al príncipe de Lichstenstein de la necesidad de capitular. El enemigo titubeó. Se cañoneó á la plaza durante veinte y cuatro horas; todo estaba pronto para el asalto; Mack hizo todo cuanto pudo

para ocultar su mala posición expidiendo una orden del día amenazadora contra los que hablarían de rendirse. Al día siguiente 17, se presentó en el cuartel general francés y admitió un convenio cuyo motivo era la situación desesperada de su ejército. En efecto ya no le era posible salvarse; pero antes de llegar á un resultado tan funesto, cuántas faltas no había cometido; la traición no hubiera producido mayores desgracias que las que el Austria tuvo que sufrir por la imprevisión y la poca habilidad de ese general, verdadero retrato del presumido Varo delante de Anibal!

Entretanto, Murat estaba persiguiendo al Archiduque. El 16 de octubre, topó en la aldea de Langenau con el cuerpo de Werneck y le cogió tres mil hombres, mientras que el Emperador mandaba al mariscal Lannes marchar á toda prisa sobre Aalen y Nordlingen para cortar el camino del Danubio. En otro encuentro con Werneck, Murat le cogió otros mil y doscientos prisioneros. El Archiduque, que acababa de llegar en el mismo momento, apenas tuvo tiempo para escaparse á todo correr. En fin, el 18 de octubre, los diez y ocho mil hombres últimos de Werneck depusieron las

armas, y para colmo de desgracia un comboy de quinientos carros que pertenecían á ese ejército cayó en manos del general Fauchonnet. El Archiduque pudo reunir solamente dos mil caballos de los veinte y cinco mil hombres con quienes había salido de Ulm. La única fortuna que tuvo el príncipe, fue de salir del terreno donde se veía expuesto á ser uno de los trofeos de la victoria.

Estos sucesos casi increíbles, fueron comunicados por el mismo Napoleón al feld mariscal Mack el 18 de octubre, y de resultas, éste se resolvió á entregar la ciudad. A la mañana siguiente, treinta mil hombres, sesenta cañones, cuarenta banderas, diez y ocho generales á la cabeza de sus tropas respectivas, desfilaron delante del ejército francés formado en batalla sobre las alturas del Michelsberg y Frauenberg. Napoleón se ensoberbeció en secreto de un triunfo que no había logrado en sus victorias anteriores de Italia y de Egipto. Trató á los vencedores con una noble benevolencia, pero no sin dejar caer, en sus conversaciones con los generales enemigos, algunas de esas palabras amenazadoras que parecían oráculos, en boca de un hombre acostum-

El Emperador se halló el 1º de octubre sobre la orilla derecha del Rhin y dirigió á su ejército una de esas proclamas en las que profetizó la victoria durante quince años; y en otra ofreció á las tropas bavaras darlas parte en los triunfos infalibles de la Francia: « Co-
» nozco vuestro valor, dijo á los vasallos del
» elector, me lisongeo que despues de la pri-
» mera batalla podré decir á vuestro príncipe
» y á mi pueblo que sois dignos de combatir
» entre las filas del ejército grande. »

El elector y los príncipes de Baden vinieron á Oettingen á recibir á Napoleon que iba á pelear por la primera vez sobre el teatro de nuestros triunfos republicanos y destruir para siempre la posibilidad de toda comparacion, aunque fuese la del vencedor de Hohenlinden, con el héroe de Austerlitz, árbitro de la suerte de la casa de Austria y conquistador de la paz de Presbourg. El elector de Baviera habia puesto toda su esperanza en el apoyo de Napoleon. La corte de Baden no tenia otro amparo. Fue preciso conquistar con la fuerza la alianza del elector de Wurtemberg, que la deseaba en secreto, viéndose, por su situacion entre dos contrarios, obligado á tomar un partido decisivo.

Entretanto, Napoleon, queriendo asegurar el suceso de un gran movimiento de su ala izquierda que ocultaba al enemigo, y separar el general Mack de los refuerzos austriacos y rusos que llegaban á prisa, dirigió todas sus divisiones sobre Nordlingen. Importaba sobre todo que Bernadotte, con el cuerpo de Marmont, marchase desde Wurtzbourg al encuentro del ejército bavaro, y, despues de haberle incorporado con el suyo, maniobrase sobre el mismo punto que las demas divisiones. El tiempo faltaba materialmente al mariscal para llegar al Danubio á no ser que violase las posiciones prusianas de Franconia. Bonaparte no ignoraba las malas disposiciones de la Prusia que estaba toda declarada contra él, excepto el rey. Veia cuan peligroso seria que esta potencia adhiriese á la coalicion, pero sabia tambien que tenia la esperanza de lograr el Hannover en premio de su neutralidad; y conocia tambien el sistema temporizador del gabinete de Berlin, y contando con que la victoria todo lo allanaria, mandó á Bernadotte atravesar el territorio de Anspach y de Bareuth, encomendándole no detenerse en ninguna parte, y hacer muchas protestaciones de